

Zumbidos y la agonía

La mano del jefe de operaciones de rescate, Marco, se meció alrededor de un trozo de metal un tanto resquebrajado. Le sorprendió el buen estado del material, y pronto tuvo curiosidad por saber hacia dónde crecía aquel amasijo de hierros que un día debió haber sido un baúl. Continuó escarbando en la tierra árida, sintiendo, a pesar de sus gruesos guantes, una sensación fría en la palma de sus manos. Cuando por fin desenterró el resto del baúl, su estómago se volteó sobre sí mismo en respuesta a la emoción. Lo que había en el interior de la caja metálica podría ser otra pieza más para la investigación que aún perduraba: un pequeño cuaderno, con las espirales dobladas y las hojas de papel oscurecidas por el tiempo. ¿A quién pertenecería? ¿Qué habría escrito en él? El recelo con que alguien, muchos años atrás, había ocultado magistralmente aquellas hojas en un baúl tan resistente le hacían pensar que su contenido era valioso. Desde la inmensa crisis que había destruido prácticamente a toda la humanidad 60 años atrás, muy pocos datos y recuerdos personales habían podido ser recuperados. El miedo que azotó al planeta cuando las abejas alcanzaron su mayor declive fue superior a toda racionalidad y planes de futuro. Cientos de investigadores de todo el mundo habían luchado por encontrar una solución, por aferrarse al clavo ardiendo que aún les unía con la vida que conocían. Sin embargo, el resultado final del síndrome de despoblamiento de las colmenas había sido el previsto por los peores presagios: primero fueron decreciendo el número de árboles y flores silvestres, después alguno de los principales cultivos regentados por el hombre, para finalmente terminar desapareciendo cualquier atisbo de ellos. En consecuencia, millones de especies animales habían sucumbido a las garras de la evolución. La base de un frágil pero ostentoso sistema se había quebrado con la simple falta de aquellos preciosos insectos dorados y negros. Muy pocas civilizaciones habían sobrevivido a base de los restos moribundos de otras vidas. El nomadismo era la única alternativa que, con el tiempo, había logrado subsistir a base de otros polinizadores silvestres que aún no se habían extinguido. La humanidad se enfrentaba a lo imposible, y todos lo sabían: la sentencia estaba escrita, y a no ser que diesen con una solución milagro, los últimos supervivientes correrían la misma suerte que sus antepasados. Grupos de científicos habían tomado el control de la situación y, de este modo, el ser humano aún continuaba respirando el aire impuro de una tierra a punto de morir. Se formaron grupos de expertos, tropas de rescate y búsqueda, núcleos de conservación de las pocas especies que aún existían... Quedaban aún, sin embargo, algunos núcleos en los que se mantenían colmenas con abejas que morirían pronto, esperando a que un remedio milagroso aumentase sus poblaciones y permitiese que polinizasen de nuevo. Pero nada parecía indicar que esto sucedería. Los seres vivos ahora tan solo eran un recuerdo lejano, un sueño cálido en un frío y eterno invierno sin cera y polen.

Zumbidos y la agonía

Marco respiró profundamente. Desde que su hija había nacido solo pensaba en encontrar algún indicio esperanzador que pudiese llegar a dar forma a su futuro. No podía rendirse, no ahora que Rosalie había nacido y sus inmensos ojos color miel querían seguir observando el mundo (aunque ya no fuese tan bonito como antaño). Abrió las primeras páginas del cuaderno, con ansiosa calma y el alma tiritando, esperando encontrar la cura a todos los problemas. Pegados con celo a las hojas había recortes de revistas que anunciaban el caos vivido “Continúan muriendo colmenas en todo el mundo. Los gobiernos decretan estado de alarma”, “Científicos de la Universidad de Surrey declaran que la gravedad del problema ha alcanzado niveles demasiado altos”. Y así sucesivamente. Aproximadamente veinte o treinta recortes de periódicos dictaban la terrible verdad. Sin embargo, a partir de cierto momento, el autor de aquellos recortes cambió las tornas del cuaderno: ya no eran trozos de periódicos sino lo que parecían ser cartas escritas a mano. Marco frunció el ceño, cada vez más consciente de que aquel tampoco sería el descubrimiento que llevaría a la humanidad camino a la salvación. Con bastante frecuencia encontraban recuerdos ajenos (cartas, libros, fotografías...), y en aquella ocasión todo apuntaba a que correría la misma suerte. Pero algo impregnaba la caligrafía de aquellas cartas con un tono infantil y soñador, con trazos redondeados que le recordaban a los de un niño. Decidió leer las cartas, ya sin esperanza pero con curiosidad.

“Querida Laura, estoy empezando a tener miedo. Los mayores hablan del apocalipsis, y yo solo pienso en que si el fin del mundo llega, no podremos volver a estar juntos este verano. Mamá dice que tenga paciencia, que hay que confiar en los científicos, que han reunido a las personas más inteligentes del planeta y que ellos darán con la solución. Tú ya sabes que no me creo esas tonterías, pero delante de ella no puedo dejar que se note, sino llorará de nuevo. Y yo no quiero que mamá llore. Te echo mucho de menos, Iván.”

Marco se quedó pensativo. Aquello parecía escrito por un niño que, tras el comienzo de las alarmas, había decidido mantener el contacto con una amiga a pesar del estado de pánico generalizado. Siguió leyendo la siguiente carta:

“Querida Laura, muchas gracias por las fotografías que me enviaste de la playa. Me da mucha pena no poder estar allí, aunque aquí todavía hace frío y no me apetece bañarme, querría comer helados de pistacho contigo en la playa. ¿Te acuerdas del truco que solías hacerme? ¿Cuándo me decías “huele el helado” y yo siempre picaba? Me llenabas la nariz de chocolate y pistacho, pero era muy divertido. Te prometo que si tenemos la oportunidad de volver a comer helado juntos te dejaré hacerme el truco de nuevo. Ahora tengo que dejarte, papá y mamá quieren que salgamos a

Zumbidos y la agonía

buscar restos de comida en los contenedores. Aprovechamos a hacerlo de noche, por vergüenza, aunque no entiendo porque. ¡Tendremos que comer, digo yo! Mi próxima carta tardará menos en llegar. Un abrazo, Iván.”

Las sucesivas cartas le fueron mostrando a Marco el miedo de aquel chico llamado Iván, así como la inocencia con que continuaba escribiendo a su amiga Laura a pesar del paso del tiempo. Seguramente no volvieron a verse jamás, pero el cariño se transmitiría vía postal a pesar del lodo. Al leer aquellas cartas, Marco sentía el afecto transformado en el hormigueo en el estómago de Iván. Y también su angustia, su recelo y su desconfianza. Hasta que leyó una carta en la cual las tornas cambiaron.

“Laura, tengo algo muy importante que contarte. Siento no haber dado señales de vida en todo este tiempo, pero este asunto ha requerido toda mi atención: hace un par de semanas encontré un panal de abejas colgado de un árbol, a punto de caerse. No tenía buen aspecto, incluso pensaba que ya no quedarían abejas dentro. Pero al acercarme vi revoloteando unas cuantas abejas y me dio un vuelco el corazón. ¡Aún quedan abejas vivas en nuestro pueblo! ¿Entiendes que significa? Puede que si este panal sobrevive y empieza a polinizar algún cultivo, podremos tener comida de nuevo. He estado investigando mucho sobre el tema, leyendo manuales de apicultura y preguntando a mi abuelo, que tuvo abejas en su finca hace muchos años. Creo que de momento he conseguido que sobreviva: les puse una bolsa con agua con azúcar para que recuperasen fuerzas, y parece que ha funcionado. ¡Hay incluso más abejas! Dice mi abuelo que eso les dará energía para poner huevos y alimentar a la reina. No se lo he dicho a nadie más, porque tengo miedo de que lleguen los científicos y traten con poco cuidado a mi colmena. Voy a intentar sacarla adelante con mucha paciencia, y cuando la colmena esté fuerte ya me plantearé que hacer... Estoy muy emocionado, Laura. Si todo esto sale bien, puede que volvamos a vernos.”

Marco sintió como el nudo de su estómago se estrechaba. Él también había vivido una situación similar años atrás, cuando aún parecía que quedaba cierto atisbo de esperanza. Tendría alrededor de los quince años cuando estalló la crisis de las abejas, una edad parecida a la del Iván que escribió aquella carta. Nadie consideraba que la desaparición de esos insectos sería tan inmediata, y mucho menos que ocasionaría tales efectos en tan poco tiempo. Cuando por fin fueron conscientes del problema, se organizaron distintas plataformas tanto de investigación como de búsqueda de provisiones. Marco trabajaba en el equipo de rescate desde aquellos tiempos, y había vivido situaciones muy complicadas. Niños desnutridos, familias al borde de la muerte, conflictos, violencia por un pedazo de pan... Sin embargo, nada había sido tan duro como aquella

Zumbidos y la agonía

vez que encontró un panal de abejas entre las ramas podridas de un bosque. Aún quedaban larvas en el panal de cría. Por sus conocimientos apícolas, Marco sabía que aquellas crías de abeja no sobrevivirían sin obreras que les aportasen alimento. Sin embargo, no pudo hacer otra cosa más que sentarse frente a aquel resquicio de vida y esperar a que las crías emergiesen. Tardaron horas, puede que días. En aquel momento Marco perdió la consciencia del tiempo. Solo miraba el panal, aferrándose a la imposibilidad de que esas abejas saliesen adelante, fuesen capaces de reproducirse y alentasen de nuevo a la vida. Quiso creer, por un único y preciado instante, que se había topado con el último aliento de la especie. Y que lograría que volviesen a respirar. Cuando las larvas fueron saliendo poco a poco de su pupa, el viento parecía detenerse. El susurro cristalino del bosque creaba una melodía que anunciaba el apocalipsis. Marco trataba de encontrar en su cerebro una manera de hacer salir adelante a aquellas crías. Pero solo eran tres o cuatro, y sin una abeja reina cualquier intento de rescatarlas sería inútil. Así que las vio morir. Vio morir al mundo entero.

Con el tiempo, las nuevas civilizaciones se habían acostumbrado al alimento pseudosintético que los laboratorios fabricaban. Era la proteína más asquerosa que Marco había probado en su vida (y teniendo en cuenta que había probado cientos de hamburguesas en restaurantes de comida rápida cuando era niño, no era muy difícil de superar). Con ello alimentaban también a las pocas especies animales domésticas que aún sobrevivían y eran mantenidas en el cautiverio más absoluto. Por supuesto, nadie osaba sugerir utilizar dichos animales como alimento, ya que eso limitaría la repoblación del planeta si hallaban un nuevo método de polinización. También conservaban vegetales de todo tipo, que eran cuidados con la más absoluta delicadeza. En eso consistía precisamente su trabajo: recuperar todo resquicio de vida para que los expertos lograsen prolongar su conservación. Por la importancia de su trabajo no debía perder el tiempo con ñoñerías como estaba haciendo en ese preciso instante. Pero las cartas de aquel muchacho le habían transportado a su niñez, a sus primeros vértigos. Continuó leyendo.

“Siguen vivas. He hablado con la profesora Ruicalbo y me está ayudando a sacar adelante la colmena. Dice que pronto podremos hacer un nuevo enjambre. No hemos querido decir nada a las autoridades porque tenemos miedo de que la muchedumbre las espante o las estrese. Aún no son lo suficientemente fuertes. Me gustaría tanto que pudieses llegar a verlas... Son tan bonitas, tan doradas... Había pensado ir a visitarte pronto, esta primavera quizás, pero como comprenderás no puedo irme del pueblo y dejar solas las abejas. Tengo que visitarlas cada semana para ponerles agua con azúcar y revisarlas. Esto es muy importante, Laura. No puedes decírselo a nadie. Hasta

Zumbidos y la agonía

que la colmena no sea fuerte no pueden venir a verlas. ¿Y si consigo que sobrevivan? Te echo de menos, cada día más. Cuídate. Iván”

Tras ello, Iván había continuado con su importante labor, cuidando de aquellas abejas. La energía positiva con que transmitía sus avances en las cartas a Laura era asombrosa. Incluso despiadado. Aquel chico creía tener una herramienta para salvar al mundo. Con cada palabra, con cada esbozo, sus conocimientos sobre la apicultura traspasaban la tinta del papel. Iván había investigado con absoluta dedicación todo lo relacionado con las abejas. Entendía su fisiología, los ciclos biológicos, las enfermedades que las azotaban, el complejo organismo que formaba la colmena... Sabía lo que tenía entre sus manos: un panal de abejas que poco a poco había salido adelante a pesar de la extinción del resto de sus compañeras.

“Querida Laura, no vas a creer lo que está ocurriendo. Cada vez son más. Cuando encontré el panal, había tan solo 20 o 30 abejas, y ahora calculo que son aproximadamente 100. La profesora Ruicalbo y yo estamos probando a combinar distintas plantas para que las usen como fuente de polen. También estamos dándoles combinaciones de flores y alimentos. Y hay algo que está funcionando, algo que les da más vitalidad y las ayuda a salir adelante y estar fuertes. No puedo adelantarte nada más, pero creo que podríamos estar cerca de algún avance. A estas alturas, cualquier aportación es buena. Espero tu respuesta. Te echo de menos. Iván.”

“Laura... han pasado tres semanas desde mi última carta porque he estado muy ocupado. Hace unos días estuvieron a punto de descubrir a las abejas. Las patrullas policiales estaban haciendo una ruta por la zona y empezaron a merodear muy cerca de nuestro escondite. He tenido que camuflar la colmena un poco más. Ahora no pueden venir y llevársela. Probarán a darles productos químicos como hicieron con el resto de colmenas rescatadas y no lograrán salir adelante. Tengo que encontrar qué es lo que está consiguiendo que estas abejas, en concreto, sobrevivan. Hay algo en los productos que les hemos dado la profesora Ruicalbo y yo que realmente funciona... Tengo miedo, Laura, no sé si estoy haciendo lo correcto. Necesito que me ayudes a afrontar esta decisión, porque a veces me planteo que estoy haciendo una locura. Por favor, aporta tu matiz a la inseguridad que me rodea.”

Marco no era capaz de pensar con claridad. Si lo que aquellas cartas decían era cierto, sin lugar a dudas los conocimientos de Iván no habían salido a la superficie en ningún momento. Si había encontrado un elixir milagroso que contribuía a potenciar la vitalidad de las abejas, el secreto seguía enterrado en su conciencia. O quizás no. Tal vez el miedo a las autoridades le había

Zumbidos y la agonía

impedido dar rienda suelta a sus avances. Tal vez por eso aquellas cartas habían sido conservadas con recelo en un baúl de metal. Tal vez Laura quería asegurar que el trabajo de su amigo persistiese. Marco sabía que la condena a la que aquel chico se enfrentaba por haber ocultado un panal de abejas durante tanto tiempo (seguramente en una época crucial, por los artículos de revistas que acompañaban a las cartas) sería muy grave. Las autoridades eran estrictas en los momentos de crisis globales, y la extinción de los insectos polinizadores era, sin duda, la gota que había colmado el vaso de arsénico sobre la humanidad. Marco pensó, por un instante, en la reacción de pánico de Iván. Miró el baúl. Había devorado prácticamente todas las cartas. Tan solo restaban dos por leer. Sintió el estómago estrechándose en un nudo de marinero, sintió las pupilas palpitando, los dedos temblando. Quería creer que en esas últimas cartas estaría la respuesta definitiva de Iván, el último impulso de mantener el planeta con vida. Marco se negaba a creer que aquel jovencito ilusionado terminase su correspondencia con malas noticias. No. Tenía que haber un final feliz para Laura, para Rosalie. Contuvo la respiración y siguió leyendo la penúltima carta.

“Lo hemos logrado, Laura, sabemos que es lo que ayuda a las abejas a seguir con vida. ¿Te acuerdas del sabor de los helados que solías estamparme en la nariz? Ahí está la respuesta. En un hongo que crece en el interior del fruto crudo y que sintetiza un compuesto (nuestros conocimientos rudimentarios no llegan a más) que debe aportar vitalidad a las abejas. Tenía restos de pistachos en mi alacena secreta y los usamos machacados para probar (junto a todos los frutos y plantas que pudimos rescatar). Pronto sacaremos estos conocimientos a la luz, pero por ahora necesito tiempo. Sé que habrá represalias por haber ocultado esta información hasta ahora, pero tenía miedo, Laura. Lo hice todo por ellas. Esas abejas habrían muerto si no llego a ocultarlas. De momento, la profesora Ruicalbo y yo pondremos nuestros avances por escrito. Ella dice que se encargará de hablar con las autoridades y que asumiré las culpas, pero no pienso permitir que lo haga. Estamos juntos en esto, y tendremos que afrontar las consecuencias. Puede que también logremos salvar el mundo, así que merece la pena. Queda mucho por hacer, pero creo que estamos en el buen camino. ¿Quién sabe? Quizás el próximo verano volvamos a vernos y me acerques un rico helado de pistacho a la nariz, pensemos en todo este lío, y sonriamos. Ojalá, Laura. Creo que esta será la última carta que te escriba. Deberías quemar todas las anteriores para que no te involucren en esto. Si te llegase a pasar algo, no me lo perdonaría jamás... Cuídate mucho, Laura. Espero que podamos vernos pronto. Piensa en las abejas, el helado de pistacho y sonríe. Iván.”

Zumbidos y la agonía

Marco trató de asimilar las palabras. Las masticó despacio, las regurgitó con urgencia y después las preguntas sin respuesta comenzaron a azotar su cabeza. Hongos en el interior de pistachos. Algo tan simple, tan sencillo, que ningún científico habría reparado en ello. La presencia de hongos en los frutos secos siempre han tenido connotaciones negativas, pero si lo que Iván contaba en sus cartas era cierto, los que crecían en el fruto del pistacho podrían tener propiedades asombrosas. De un panal a punto de morir podría surgir de nuevo la vida, y con ello, el futuro de la población. Polinizar de nuevo los pocos vegetales que aún poblaban la tierra, ver crecer de nuevo las flores y los campos de trigo. Quizás...

Marco entonces reparó en la última carta. Ésta tenía una caligrafía distinta, más redondeada y clara.

“Espero que el trabajo de Iván no quede sepultado en el olvido. Escribo estas palabras con incertidumbre, sin saber que ha sido de él desde su última correspondencia. Nada de sus avances han salido a la luz, y yo no soy capaz de dar voz a todos los conocimientos que él me transmitió a través de sus cartas. Quiero ayudar, pero no sé cómo hacerlo, así que quiero confiar en que alguien leerá lo que hoy escribo y podrá ayudar a las abejas. El mundo está en peligro, si no ha desaparecido ya para cuando estas palabras sean rescatadas de este baúl. Enterraré todos estos conocimientos con la intención de que el destino guie a alguien hacia ellos. Confío en que será la persona adecuada.”

Entonces, un zumbido vertiginoso se hizo cada vez más audible en el cerebro de Marco. Laura le pedía a través del pasado que corriese en busca de su equipo y compartiese tan valiosa información. Todo tenía sentido de un modo despiadado y loco, como si los nudos entrelazados entre el futuro y el ayer creciesen alrededor de un presente efímero. Podría existir una solución. Sólo había que intentarlo. Confiar en los testimonios de papel que había encontrado suponía un arma de doble filo, pero en ese momento a Marco no le importaban las posibles desilusiones. Veía con claridad la sonrisa feliz de Laura y el entusiasmo de los ojos de Iván. Veía abejas sobrevolando flores y tierra, danzando al son de los árboles creciendo de nuevo... Las distinguía perfectamente entre sus expectativas más inmediatas: el color negro y dorado se fundía en la más absoluta paz. Se fundían para crear la miel del color de los ojos de Rosalie. Ella, quizás, tendría un futuro. Y Marco lucharía por él.